
Historia magistra vitae. Sobre la función política de la historia conceptual en Reinhart Koselleck

Carlos A. Ramírez*
carlosrescobar@javerianacali.edu.co

Recibido: 21/04/2008

Aprobado evaluador interno: 02/04/2008

Aprobado evaluador externo: 27/05/2008

Resumen

La obra del historiador Reinhart Koselleck comienza con una lectura de la modernidad signada por la tensión entre la lógica del Estado y la historización de los conceptos morales en la ilustración. Durante los años setenta su trabajo se orienta hacia la reflexión metodológica en torno a la historia conceptual y a la aplicación de su propia teoría. El texto intenta mostrar la continuidad entre esos dos periodos de su trabajo, señalando cómo el sentido político de la Begriffsgeschichte no es otro que hacer concientes a los actores políticos modernos de la estructura temporal de conceptos semejantes a aquellos que guían su acción y, por esta vía, evitar la recaída en una absolutización de sus pretensiones morales. De esta forma el saber histórico recuperaría el valor para vida activa que le era inherente desde la antigüedad pero que, con la entrada de la fase utopista de la modernidad, había sido eliminado de su horizonte de posibilidades.

Palabras clave

Modernidad, historia conceptual, utopía, acción.

Abstract

The work of historian Reinhart Koselleck begins by interpreting modernity as a tension between the rationale of the State and the task of historicizing moral concepts of the Enlightenment. In the seventies, Koselleck focused on methodological reflections on conceptual history and on the application of his own theory. This article aims to present the continuity existing between both periods of Koselleck's work, showing how the political sense of the Begriffsgeschichte is no other than making modern political actors aware of the temporal structure of concepts similar to those that guide their actions and, by doing this, avoid a relapse into treating their moral claims as absolute. Thus, historical knowledge would recover its value for an active life that was inherent to it since antiquity but that, with the utopist phase of modernity, had been struck from its horizon of possibilities.

Keywords

Modernity, conceptual history, utopia, action.

* Carlos A. Ramírez es profesor en el Departamento de Ciencia Jurídica y Política de la Pontificia Universidad Javeriana Cali. Candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad de Heidelberg, Alemania. Politólogo y Filósofo de la Universidad de los Andes.

Resaltar la importancia de la experiencia a la hora de actuar no es sólo un truco de los padres para persuadir a los hijos de no repetir sus propios errores. Casi desde su fundación esa ha sido una de las tareas de la historia. Hobbes recoge esta ya entonces milenaria idea de la historia como “maestra de la vida” – según la expresión de Cicerón – cuando en su traducción de la obra cumbre de Tucídides afirma: “La tarea principal y propia de la historia es instruir y capacitar a los hombres, mediante el conocimiento de acciones del pasado, a conducirse prudentemente en el presente y con previsión hacia el futuro” ¹. Autores como Bodin y, por supuesto, Maquiavelo, se servirán así de la experiencia acumulada por el género humano como una fuente de sabiduría en los asuntos políticos. Saber de historia significa instruirse acerca de lo que los hombres pueden hacer y de los motivos de sus fracasos y sus éxitos. En este sentido no hay ninguna ruptura entre el pensamiento de la antigüedad y el de los inicios de la modernidad. En uno y en otro caso el conocimiento de lo que han hecho los hombres puede servir, tanto a nivel moral como a nivel político, de patrón para la propia conducta.

No obstante, con la entrada de la filosofía de la historia en el pensamiento moderno ese panorama cambia. Malchus, un funcionario de Napoleón en Westfalia, afirmaba en 1808: “en un Estado como el nuestro, fundado sobre la victoria, no hay pasado. Es una creación, en la que, como en la creación del mundo, todo existe sólo como materia prima en las manos del creador, y perfeccionada en ella pasa a la existencia” ². La frase no podía ser más diciente. Revela una vivencia de la temporalidad, en la vida cotidiana y en los actores políticos, marcada por la radical discontinuidad entre el pasado y el futuro. Sobre todo para las generaciones de actores políticos comprendidas entre la antesala de la revolución francesa y el fracaso del utopismo republicano, a nivel europeo, en el año de 1848 ³, esto es, para ese período que Reinhart Kosellek denomina el *Sattelzeit*, esa es justamente la visión del tiempo que orienta su conducta. Kant y el grueso de la ilustración, en el ámbito de los intelectuales, están animados por ese mismo espíritu. La acción humana no ha de estar guiada por la experiencia acumulada sino por conceptos para los cuales no ha habido en ella nada adecuado. La

1. Hobbes citado en: Strauss, Leo (2006), *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, p.118

2. Citado en: Kosellek, Reinhart (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, p. 62

3. En ese marco un caso sintomático es el de Richard Wagner, en quien coincide el fracaso de su experiencia política con el giro hacia la filosofía antihistórica y antiutopista de Schopenhauer.

experiencia pierde entonces su rol orientador. De ella no hay mucho que aprender. Lo que verdaderamente importa es la Idea.

En ese marco el saber histórico parece perder toda función político-práctica. Más aún cuando, en especial de la mano del marxismo y a pesar de su consideración del progreso como un momento inmanente al devenir de lo ya existente, el influjo de la filosofía de la historia perdura a lo largo del siglo XX. Vale entonces preguntarse por la función de la historia en un siglo que prosiguió con radicalismo el proyecto ilustrado, esto es, por el sentido del saber histórico en el contexto de una vivencia del tiempo marcada por la ruptura con el pasado y la correlativa intensificación del horizonte de expectativas. En este marco abordaré a continuación la obra de un historiador y teórico de la historia que comenzó su trabajo intelectual como un crítico del utopismo político: Reinhart Koselleck. Si bien sus aportes a la disciplina podrían ser leídos como una metodología de la investigación enmarcada en el giro lingüístico y en un programa cuasi trascendental de fundamentación de la historia, intentaré mostrar cómo su obra es un intento de recuperación del concepto de historia como maestra de la vida bajo las condiciones de la discontinuidad de los eventos futuros respecto a la experiencia acumulada y de la simultánea intelectualización de la praxis – implícita en el proyec-

to de una “historia de los conceptos”. No obstante sus grandes diferencias respecto a los autores inicialmente señalados acerca de cómo debe proceder el conocimiento histórico mostraré al final que en Koselleck sigue viva la idea de la frase de Hobbes: la historia debe hacer a los hombres prudentes.

La fundamentación de la historia

El núcleo de la teoría de Koselleck es una indagación sobre los presupuestos del conocimiento histórico. Si bien él realiza por su cuenta investigaciones “aplicadas” como las de Crítica y crisis (1959) o las de Prusia, entre reforma y revolución (1965), su interés central es pensar las condiciones bajo las cuales es posible conocer los eventos históricos o, dicho de otro modo, la estructura de los conceptos fundamentales de la ciencia de la historia. En ese sentido su proyecto se acoge al marco de lo que Kant denominó en su momento “filosofía trascendental” y que, desde Dilthey, es un bien común en la reflexión sobre la fundamentación de las ciencias sociales. A diferencia de la filosofía premoderna y de las metafísicas dogmáticas de la modernidad, Kant no hace una teoría acerca de qué es el mundo en sí mismo sino una teoría de las condiciones bajo las cuales podemos conocer el mundo empírico. Kant no dice el mundo ⁴ es de tal o cual forma – por ejemplo: el

mundo es el conjunto de las ideas, o el mundo es Dios como substancia, o el mundo es un conjunto de mónadas – sino indaga por las formas de intuición y los conceptos imprescindibles mediante los cuales los seres humanos lo perciben y hacen juicios sobre él. Si queremos conocer el mundo no podemos empezar a describirlo, a enumerar sus características, sin antes saber cómo es que podemos describirlo y cuáles son los límites de nuestras facultades para hacerlo. La filosofía trascendental consiste justamente en una reflexión sobre nuestras facultades de conocimiento y, por tanto, sobre las experiencias y los juicios que podemos llegar a hacer. Dado que, por ejemplo, podemos hacer un juicio como “el fuego incinera los objetos con los que entra en contacto”, su tarea es indagar cuáles son los conceptos que presupone ese juicio – por ejemplo, el de causalidad – y que no sólo valen para ese juicio en particular sino para todo juicio posible del mismo tipo. Kant busca circunscribir el ámbito de validez y la estructura permanente de los poderes de nuestro entendimiento sobre la base de una reflexión sobre su uso. Con ello la filosofía no reemplaza sin embargo el trabajo de las ciencias particulares, el cual consiste justamente en hacer juicios necesarios y universales sobre los objetos

del mundo empírico, sino fija y fundamenta las condiciones racionales de acceso a esos objetos. La filosofía trascendental no reemplaza la investigación “aplicada” ni hace directamente juicios acerca de los objetos empíricos, sino explica cómo podemos juzgar al determinar cuáles son los conceptos permanentes mediante los cuales pensamos.

Cuando Koselleck, en el artículo de Futuro pasado en el cual determina cuáles son las categorías centrales del conocimiento histórico, cita un pensador postkantiano como Friedrich Schlegel, no hace sino trasladar al campo de la ciencia de la historia esta perspectiva; la cita dice: “puesto que tanto se habla en contra de las hipótesis, se debiera intentar alguna vez comenzar la historia sin hipótesis. No se puede decir que algo es sin decir lo que es. Al pensarlos se refieren los facta a conceptos y no es indiferente a cuáles”⁵. En relación al conocimiento histórico esto quiere decir lo siguiente: para la historia no puede haber eventos históricos sin que se hallan definido de antemano, a priori, los conceptos mediante los cuales pensamos todo posible evento histórico. Los eventos históricos existen por supuesto al margen de si la historia se ocupa o no de ellos, pero para poder determinarlos como eventos históricos y no, por ejemplo,

4. Hablo aquí por supuesto de “mundo” en sentido coloquial, no de la idea, exclusiva de la razón y por tanto supraempírica, de una totalidad de la experiencia, o sea, del mundo en el sentido kantiano.

5. Koselleck, R. (1993) Futuro pasado. Ibíd. p. 333. La cita pertenece a los fragmentos del Ateneo.

como eventos naturales o milagros divinos, hace falta saber qué los define y cuáles son sus propiedades. No entities, without identity. Un evento histórico real – por ejemplo la revolución francesa – puede ser objeto del conocimiento histórico y, en esa medida, analizado y explicado, en cuanto sea identificable como tal, esto es, en cuanto sea un caso de aplicación de las categorías que definen un evento histórico. Los “hechos”, los facta de los que habla Schlegel, no dependen ontológicamente del concepto de evento histórico, pues ni Kant ni Koselleck sostendrían que la filosofía o la ciencia crea sus objetos, pero cognitivamente sólo podemos mencionarlos, abordarlos e investigarlos como eventos históricos si y sólo si sabemos qué significa ese concepto. Para nosotros – y esto significa: para nuestro conocimiento – no hay ningún objeto sin un concepto que nos permita identificarlo.

El proyecto teórico de Koselleck surge así de la imposibilidad de “tratar científicamente la historia sin aclararse respecto a las categorías en virtud de las cuales se va a expresar”⁶. En la novela de Novalis que él menciona en el texto mencionado pero sin referirse a este pasaje, esto es, en el Heinrich von Ofterdingen (1799), se dice igualmente: “lo malo es que incluso aquellos que se

han dedicado a anotar los hechos y los acontecimientos de su tiempo no se han parado a reflexionar sobre lo que están haciendo”⁷. El historiador no es alguien que acumula una variedad inmensa de información a partir de fuentes del pasado y que luego la condensa en el mismo lenguaje de las fuentes, sino es alguien que se enfrenta al pasado desde un problema determinado y a partir de conceptos que no se encuentran en ellas. Koselleck, siguiendo un programa que ya se había puesto en práctica en el heredero del neokantismo que es Max Weber, aboga así porque la historia se haga consciente de sí misma como saber y que sólo a partir de una reflexión sobre sus presupuestos se enfrente selectivamente a su objeto⁸. Ahora, los conceptos centrales o, mejor, las categorías con las cuales tiene que operar el conocimiento histórico son dos: el “espacio de experiencia” (Erfahrungsraum) y el “horizonte de expectativa” (Erwartungshorizont) - un término que Koselleck toma de Hans Robert Jauss. En trabajos posteriores, y acentuando la dimensión antropológica de las categorías de la historia, incluirá otros conceptos propios en su “doctrina de las condiciones de posibilidad de historias”⁹, esto es, en la “Histórica” (Historik): los de “precursar la muerte-poder matar”, “amigo-enemigo”, “adentro-

6. Ibid.

7. Novalis (1992), Himnos a la noche, Heinrich von Ofterdingen. Madrid, Cátedra, p. 167

afuera”, “arrojamiento-generatividad” y “amo-esclavo”¹⁰ – categorías ya dibujadas en *Futuro pasado*. Las dos categorías mencionadas tendrán sin embargo una posición privilegiada. A través de ellas es como podemos pensar el tiempo histórico: todos los fenómenos históricos, sea cual sea su naturaleza, pueden ser concebidos a partir de estos dos conceptos. En otras palabras, todos los fenómenos históricos implican estos dos conceptos y, sin ellos, no serían identificables como tales. Ellos por supuesto no anticipan la historia ni describen o explican eventos particulares, sino fijan las condiciones mediante las cuales podemos identi-

ficarlos y conocerlos. En ese sentido son “categorías formales”. Así como el concepto de “frontera”, del límite entre adentro y afuera, no dice nada sobre tal o cual frontera, o tal o cual problema fronterizo, asimismo los de espacio de experiencia y horizonte expectativa no se refieren a un determinado evento histórico, sino a todos los posibles eventos históricos. Cuando Koselleck sostiene que ellas equivalen al espacio y al tiempo en el campo de la experiencia empírica¹¹, destaca con ello cómo estos conceptos trascendentales gozan de una generalidad y una necesidad sin la cual la experiencia histórica no podría ser posible. Ellos representan nada más

8. Weber, siguiendo a Rickert, considera que ningún conocimiento – incluyendo el histórico – es una copia de la realidad sino es una transfiguración y simplificación de la misma mediante el uso de conceptos (Véase Rickert, Heinrich. (1965), *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 57-69). En esa medida los contenidos del conocimiento, los cuales nunca coinciden con la realidad, sólo son posibles a partir de la creación de un dominio de objetos posibles mediante la postulación de un concepto. En Weber esto aparece por un lado en la forma de los tipos-ideales, los cuales no son nunca reproducciones de la realidad sino son, como su nombre lo indica, idealizaciones de la acción humana en contextos históricos singulares que sirven de punto de partida a la investigación empírica, y, por otro lado, en el marco de las categorías sociológicas fundamentales formuladas en *Economía y Sociedad*. En Koselleck esta operación se da mediante la formulación de las categorías centrales del conocimiento histórico y, a la vez, mediante la descontextualización de algunos conceptos con el fin de ver, de manera diacrónica y retrospectiva, las variaciones de su sentido (Koselleck. *Futuro pasado*. pp. 122-126). En Weber, como en Koselleck, lo visible empíricamente depende de un marco categorial que procede selectivamente respecto a lo dado. Claramente dice Koselleck al respecto: “Eso que constituye a la historia como historia no se puede derivar nunca de las fuentes: es preciso una teoría de la historia posible para hacer hablar a las fuentes” (Koselleck. *Futuro pasado*, p. 201). En su caso la conciencia weberiana del Vorgriff, esto es, de la selectiva anticipación teórica que precede a toda aproximación al material empírico (“No las conexiones “de hecho” entre “cosas” sino las conexiones conceptuales entre problemas están en la base de la labor de las diversas ciencias”. Weber, Max. (2001), *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrotu, p.57) va además complementada por la conciencia de la imposibilidad de aproximarse al pasado sin mediación de la situación histórica del intérprete – algo que Koselleck aprende de su maestro Gadamer. Sobre la relación Weber-Koselleck véase: Chignola, Sandro (2003), “Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política. Sobre el problema del léxico político moderno” en *Res publica*, núm. 11 – 12, Universidad de Murcia, España, pp. 27-67. También Villacañas, José Luis. (1998) “Historia de los conceptos y responsabilidad política: un ensayo de contextualización”, en *Res publica*, núm. 1, Universidad de Murcia, España, pp. 141-174

9. Koselleck, Reinhart y Gadamer, Hans Georg (1997), *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, p.70

10. *Ibid.* pp. 70-86

11. Koselleck, R. (1993) *Futuro pasado*, Op. Cit., p.334

y nada menos que las condiciones imprescindibles y permanentes – por tanto metahistóricas – del conocimiento histórico.

Ahora ¿qué significan la experiencia y la expectativa? La experiencia abarca ideas, hábitos, instituciones, el saber transmitido desde las generaciones y los recuerdos privados. Se habla de ella como de un “espacio” porque permite recorridos en diferentes direcciones y, sobre todo, porque en ella los diversos componentes no se suceden sino coexisten¹². La expectativa, por su parte, comprende fenómenos tan diversos como la curiosidad, las esperanzas y los temores privados o colectivos y los pronósticos racionales. Es entendida como “horizonte” porque siempre trasciende las experiencias inmediatas. Si la experiencia es lo que ha sido, la expectativa es lo que todavía no es¹³. Ahora, ambos son modos en los cuales está presente el tiempo para los seres humanos o, mejor, ambos constituyen la “tensión” dentro de la cual experimentamos el tiempo. Sea lo que sea lo que experimentemos temporalmente – la esperanza en la venida del mesías, el recuerdo del Palacio de justicia, las imágenes del 11 de septiembre, el día que haya paz en Colombia – siempre están implicadas la expectativa y el recuerdo,

lo que ha sido y lo que será, el pasado que nos concierne y el futuro en el que estaremos involucrados, el recuerdo y el temor, lo ya guardado y lo aguardado. Ambas dimensiones operan siempre a la vez pero al modo de una tensión entre fuerzas opuestas. Experiencia y expectativa representan “una diferencia temporal en el hoy”¹⁴. Si bien la una no es pensable sin la otra, de modo que no hay experiencia sin expectativa ni viceversa, ellas siempre conllevan una “asimetría”. La presencia de la una tiende a excluir la presencia de la otra, si bien ambas coexisten. Tal asimetría puede tener distintas formas, las cuales son las variaciones de la temporalidad: que una nueva expectativa modifique el modo de ver la experiencia, que se adquiera una nueva experiencia a partir del fracaso de una expectativa, que se formen expectativas sin vínculo con la experiencia. El conjunto de las relaciones posibles entre ambos o, lo que es lo mismo, las distintas formas que puede adquirir la tensión entre ambos son a su vez las distintas formas que puede adquirir el tiempo histórico. En cuanto aquí se trata del tiempo como una dimensión que concierne al ser de lo humano, esas formas también enmarcan las diferentes maneras como los hombres piensan y actúan. La experiencia y la

12. *Ibíd.* p. 339

13. Véase Ricoeur, Paul (2002), *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, México, Fondo de cultura económica, p.251-254

14. Koselleck, R. *Op. Cit.*, p. 342

expectativa son el marco en el cual pueden darse pensamientos y acciones: “no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que sufren y actúan”¹⁵.

Experiencia y expectativa, en tanto principios fundamentales de la temporalidad humana, son a su vez las categorías centrales del conocimiento histórico. Koselleck parte aquí de una lectura antropológica de *Ser y tiempo* de Heidegger, en donde la temporalidad, no entendida como un unitario presente que siempre se va desplazando sino como una diferencia entre lo sido y lo que aún no es constituye el rasgo determinante del ser del hombre y, en tanto tal, define el marco de la apropiación historiográfica del acontecer histórico¹⁶. En esa línea ha sido señalado que en Koselleck el hombre no es pensado desde el tiempo histórico sino, más bien, el tiempo histórico desde las propiedades del hombre¹⁷. Cuando él sostiene por ejemplo que “las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento”¹⁸, quiere decir que los mismos principios con los cuales los hombres actúan, como agentes históricos, son aque-

llos mediante los cuales se pueden conocer luego los eventos históricos. El conocimiento, desde esta perspectiva, parecería estar fundado en la efectiva aparición de la experiencia y la expectativa como factores determinantes de la acción humana. Dado que ellas, una vez convertidas en conceptos científicos, posibilitan – a nivel epistemológico – la emergencia de los fenómenos históricos, esto es, de acciones humanas en las cuales están implicadas expectativas y experiencias efectivas, sería sin embargo mejor reconocer la recíproca dependencia entre la dimensión material y la dimensión formal de la experiencia y la expectativa. La ciencia de la historia presupone así que hay ciertas propiedades de la estructura del ser humano a las cuales ella, mediante una reflexión, convierte en conceptos del conocimiento del ser humano como ser histórico y que, luego, mediante ellos mismos, se puede concebir cualquier acción que los hombres puedan haber emprendido en la historia. Esto no deja de ser problemático, pues, como suele pasar con los argumentos trascendentales, aquí está implicada cierta circularidad¹⁹. Se supone que hay un cierto “he-

15. *Ibíd.* p. 335

16. “La apertura del acontecer histórico llevada a cabo por la historiografía está enraizada, en sí misma, y por su propia estructura ontológica en la historicidad del *Dasein*”. Este tema es desarrollado especialmente en el parágrafo 76 de *Ser y tiempo*. Heidegger, Martin. (1998), *Ser y tiempo*, Chile, Editorial universitaria, p. 407

17. Vázquez, Manuel (1998), “De la historia de los conceptos a la filosofía política”, en *Res publica*, núm. 1, p.134

18. Koselleck, R. *Op. Cit.*, p. 336

cho”, a saber, que los hombres concretos tienen siempre experiencias y expectativas, luego se asume que ese hecho es transformado en conceptos que dan cuenta de la posibilidad de tener experiencias y expectativas singulares, esto es, los conceptos de “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”, y luego se conocen tales o cuales acciones de los hombres a partir – y sólo a partir – de las condiciones fijadas por ese concepto. En pocas palabras: se va de la experiencia al concepto y del concepto a la experiencia. Los conceptos dependen de la experiencia tanto como la experiencia de los conceptos. La ciencia histórica presupone de este modo aquello que ella pretende fundamentar o, dicho de otro modo, ella parte de la realidad de aquello a lo cual ella pretende darle realidad.

Más allá de las dificultades lógicas y epistemológicas que esto implica, este procedimiento tiene la ventaja de asegurarle a Koselleck el carácter “metahistórico” de las categorías históricas. Si ellas son la forma conceptual de una experiencia humana y no de los hombres de tal

o cual época, esas categorías valen para toda historia posible, es decir, pueden valer como los conceptos permanentes y estructurales mediante los cuales se pueden pensar los más diversos eventos históricos humanos. De lo contrario, si no tuvieran ese anclaje antropológico, podrían historizarse, esto es, convertirse en conceptos ellos mismos temporales que no podrían reclamar ningún carácter necesario ni servir para pensar todos los eventos históricos posibles. A ese respecto dice Koselleck: “al aplicar nuestras expresiones en la investigación empírica sin una determinación metahistórica, caeríamos inmediatamente en el torbellino infinito de su historización”²⁰. La fundamentación de la historia, esto es, del saber histórico, sólo es posible si hay algunos conceptos, suficientemente constantes, que se sustraen a la ciega sucesión de los acontecimientos. La dimensión antropológica de la experiencia y la expectativa debe ser entendida a partir de su función al interior de un proyecto epistemológico.

19. El reconocimiento del carácter circular de los argumentos trascendentales es tan antiguo como la misma filosofía trascendental. Ya se encuentra por ejemplo en Niethammer, alumno de Reinhold, de la mano de una crítica escéptica del programa fichteano de fundamentación de la filosofía en la autoposición del Yo (Véase Frank, Manfred. (1995), “Friedrich von Hardenberg philosophischer Ausgangspunkt”, en: Hogrebe, Wolfram (edit.), *Fichtes Wissenschaftslehre 1794*, Suhrkamp. Frankfurt am Main, pp. 20-24). En relación a Koselleck esto ya ha sido señalado, vinculándolo además con el problema del círculo hermenéutico: “La historia conceptual comparte así la estructura circular de la hermenéutica tanto como el destino del análisis trascendental kantiano. Al fin y al cabo Kant debe trabajar con categorías de la experiencia que deben brotar de su análisis de la experiencia”. Véase la introducción de José Luis Villacañas y Faustino Oncina a *Historia y hermenéutica*. p. 46

20. Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 338

La temporalidad de los conceptos en la modernidad

Dejando atrás esta discusión sobre el procedimiento de fundamentación de la ciencia de la historia, es preciso ahora explicar las formas en las cuales puede variar el tiempo histórico, pues sobre esta base es que Koselleck define la modernidad. Todos los tiempos presuponen los conceptos de espacio de experiencia y horizonte de expectativa.

No obstante, como ellos pueden tener distintas correlaciones, pueden tener lugar distintas épocas. Si bien Koselleck no tiene una teoría de las distintas épocas de la historia europea aparte de su distinción de la modernidad frente a otra época – no especificada ni denominada por él – en la cual lo moderno era denegado, y si bien a veces parece identificar algunas características que le había conferido al tiempo en general, a la temporalidad humana, con el tipo de temporalidad de la modernidad, su concepto de modernidad se basa en una específica correlación entre las dos grandes categorías: la modernidad es un tiempo en el que “las expectativas se alejan cada vez más de las experiencias hechas”²¹. En ella lo esperado no se deriva de lo que ya ha sido experimentado: “es típico de la moderna terminología política el contener numerosos conceptos que,

en rigor, son anticipaciones. Se basan en la experiencia de la desaparición de la experiencia, por lo que tienen que mantener o despertar nuevas expectativas”²². La particularidad de la modernidad radica ciertamente en la experiencia de cambio continuo y rápido, en aquello que Koselleck denomina “aceleración” y que Marx describió con una poderosa imagen – “todo lo sólido se desvanece en el aire” –, pero su núcleo no es otro que la independencia de las expectativas respecto a la experiencia acumulada. En el mundo premoderno, el cual Koselleck tiene a identificar de una manera algo tosca e imprecisa como uno donde el tiempo estaba determinado por los ciclos naturales y por la estabilidad de una tradición, había una continuidad entre lo experimentado y lo esperado, entre lo que ya había sido asimilado y lo que podía desearse. Por supuesto había cambios pero entonces el horizonte de expectativa tendía a corresponder con el espacio de experiencia. El tiempo nuevo que es la modernidad se caracteriza en cambio porque en él surgen expectativas abstraídas de la experiencia, esto es, deseos de algo que nunca se ha vivido y que debe dar lugar a una experiencia hasta ahora inédita.

Sobre esta comprensión de la modernidad Koselleck define ahora las características esenciales de

21. *Ibid.*, p. 343

22. *Ibid.* p. 329 -330

los conceptos modernos, los cuales, al fin y al cabo, son el tema de las investigaciones aplicadas de la historia conceptual. Los conceptos, que en todo caso siempre aparecen como términos, es decir, como palabras – aún cuando a veces cambien las denominaciones para un mismo concepto – son sus unidades de análisis. Si bien la historia conceptual reconoce el carácter extratextual de la historia social y, por ende, renuncia a la disolución foucaultiana de la historia en “discurso”²³, su material de trabajo no es otro que la historia plasmada en el lenguaje²⁴. En esto no radica sin embargo su novedad. La particularidad del análisis de Koselleck radica en ligar el análisis semántico a la temporalidad²⁵. Mientras los conceptos premodernos estaban, a su juicio, siempre ligados a un estado de cosas y, por tanto, a una experiencia acumulada, los modernos comportan la anticipación de un estado de cosas, a la cual no le corresponde ninguna experiencia. El tiempo, y más en particular: la orientación hacia un futuro,

se convierte así en un componente esencial de su significado y, desde la perspectiva del historiador, de su comprensión. A más tardar desde el preludio de la revolución francesa “apenas hay un concepto central de la teoría política o de la pragmática social que no contenga un coeficiente temporal de modificación, sin el cual nada se puede conocer, pensar o argumentar, sin el cual se habría perdido la fuerza de arrastre de los conceptos”²⁶. El ejemplo del concepto de “federación” lo ilustra claramente. En principio, es decir, en el siglo XIII no fue sino una innovación lingüística para denominar, de un modo genérico, los pactos duraderos entre ciudades independientes. En este caso el concepto describe y precisa una situación política existente. En la modernidad – por ejemplo en el uso que Kant o Marx hacen de él – es, en cambio, una palabra que aspira a crear una nueva experiencia y a la cual no le corresponde sino muy débilmente un trozo de experiencia vivida²⁷. En este caso el concepto

23. Koselleck, Reinhart (1998), “Probleme der Relationsbestimmung der Texte zur revolutionären Wirklichkeit”, en Koselleck, Reinhart y Reichardt, Rolf. (eds.), *Die französische Revolution als Bruch des gesellschaftlichen Bewusstseins*, München, s.e., p. 664

24. “La reflexión sobre el lenguaje histórico, sobre los actos lingüísticos que ayudan a fundar los acontecimientos o que constituyen una narración histórica no puede reclamar una prioridad objetiva frente a las historias que ayuda a tematizar. Pero es cierto que a la reflexión lingüística le corresponde una prioridad teórica y otra metódica frente a todos los sucesos y frente a la historia. Pues las condiciones y factores extralingüísticos que entran a formar parte de la historia sólo se pueden comprender lingüísticamente”. Koselleck. *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 288

25. Esto ha sido claramente formulado por Villacañas y Oncina en su prólogo a *Historia y Hermenéutica*: “La semántica histórica siempre depende de una suerte de semántica trascendental que determina la comprensión del tiempo desde la que se habla” p. 44

26. Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 324

27. Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 352 -354

apunta hacia algo, le indica a los actores políticos una dirección, pero sin que haya ningún referente en el cual se sustente. Esta temporalización del lenguaje político va de la mano con las alteraciones socioeconómicas de la época, es decir, con la industrialización, la movilización de masas hacia las ciudades, el espíritu de innovación propagado por los avances técnicos, esto es, por todos los fenómenos históricos ligados a la modernidad que pueden ser descritos por la historia social. Los conceptos que acompañaron ese proceso – como factores de integración o de formación de conciencia – no tienen así un sentido “teórico” ni tampoco son términos mediante los cuales una comunidad de hablantes se refiere a algo conocido por todos sus miembros, sino son ante todo “conceptos de movimiento”: inducen al movimiento de masas hacia una dirección, o sea, son motivos de la acción. De ahí su valor eminentemente político y, dada su diversidad, polémico. Los conceptos, como los valores en Weber, siempre constituyen un pluriverso. La historia conceptual, a diferencia de buena parte de la filosofía política, no abstracta los conceptos del uso que hacen de ellos los actores políticos sino los concibe siempre insertados en doctrinas destinadas a la acción²⁸. Un con-

cepto como “República” no era para los liberales alemanes que intentaban derrocar la monarquía en 1848 una descripción de un estado de cosas ni tampoco un término que condensara un tipo de experiencia política que ellos habían vivenciado, sino era, más bien, la designación de una aspiración y de una esperanza. Para ellos la posibilidad de que existiera una república no era una expectativa derivada del mundo que ellos habían experimentado hasta entonces, sino era una representación del futuro que rompía, por ejemplo, con el horizonte político en el cual actuaba un terrateniente prusiano o un campesino bávaro. En tanto opuesto a “monarquía”, el concepto en cuestión implicaba un futuro discontinuo respecto a ese horizonte. Haciendo uso de la separación entre expectativa y experiencia, ellos desligaban su futuro de su pasado y lo expresaban en el lenguaje mediante un concepto rico en significado pero pobre en referencia. Este no es un caso particular. Para Koselleck es claro que en lo que él denomina el *Sattelzeit*, el período comprendido entre 1750 y 1850, y, más en particular, en el período anterior y posterior a la revolución francesa, los conceptos político-sociales – aún cuando podríamos incluir ahí también los conceptos estéticos y, en

28. “Resulta evidente entonces que los conceptos, a través de los cuales se filtra y se organiza la experiencia de la historia, son estudiados por el valor de uso que poseen en el espacio intermedio entre teoría y praxis. En ese espacio se produce la significación”. Chingola, S. (2003), *Op. Cit.*, p. 48

general, los filosóficos – experimentan una transformación al convertirse en proyectos de futuro. Los conceptos, sostiene Koselleck siguiendo a Carl Schmitt ²⁹, se convierten así en las armas espirituales de la lucha política. La modernidad, en esos términos, no se define así sólo por el hiato entre expectativa y experiencia, presente en la temporalización (*Verzeitlichung*) de los conceptos, sino igualmente por la politización, la democratización y la ideologización de los mismos ³⁰.

Debido a que los conceptos implican esa dimensión temporal, generalmente ignorada, la primera tarea de la historia conceptual consiste en una “crítica de las fuentes” ³¹ conforme a “la clasificación histórica de los conceptos” ³². En todo análisis de un texto político del pasado, ya se trate de un discurso, una declaración, un memorando o un tratado filosófico, es preciso distinguir en ellos los conceptos descriptivos de los prescriptivos o, si se trata de un único término, diferenciar los distintos estratos tem-

porales que coexisten en él. En este sentido la historia conceptual es sólo un método auxiliar de la historia social, mediante el cual, y a diferencia del más tradicional análisis histórico-filológico, se comprenden los cambios sociales en un período mediante el análisis de la orientación temporal de los términos políticos. Asumiendo que un período histórico se reconstruye a partir de “la autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en el pasado” ³³, su función no es otra que complementar el análisis de la historia social considerando los conceptos como unidades de análisis dotadas de un sentido temporal. La autonomía de la historia conceptual respecto de la historia social comienza únicamente cuando se hace un análisis diacrónico de los conceptos: “el principio diacrónico constituye a la historia conceptual como área propia de investigación, que por la reflexión sobre los conceptos y su transformación tiene que prescindir metódicamente de los contenidos extralingüísticos que son

29. “En primer lugar todos los conceptos, ideas y palabras, poseen un sentido polémico; se formulan con vistas a un antagonismo concreto, están vinculados a una situación concreta cuya consecuencia última es una agrupación entre amigos y enemigos (que se manifiesta en guerra o revolución), y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación. Palabras como Estado, república, sociedad, clase o también soberanía, Estado de derecho, absolutismo, dictadura, plan, Estado neutral, Estado total, etc. resultan incomprensibles si no se sabe a quién en concreto se trata en cada caso de afectar, de combatir, de negar y refutar con tales términos” Schmitt, Carl. (1987), *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza editorial, p. 60. Koselleck afirma en esta misma línea: “la historia de los conceptos, aunque entra en relación con las ideologías, nos hará recordar que para la política son más importantes las palabras y su uso que todas las demás armas”. Koselleck. *Futuro pasado*, Op. Cit., p. 85

30. Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado*. Op. Cit., pp. 324-332

31. *Ibíd.* p. 112

32. *Ibíd.* p. 108

33. *Ibíd.* p. 112

el ámbito propio de la historia social”³⁴. Si los conceptos mismos tienen una historia, de tal modo que por ejemplo el concepto de ciudadano pasa del “habitante de la ciudad” (el no campesino) a “miembro del Estado” (partícipe de una unidad política) y, luego, a miembro de la sociedad burguesa, ellos no son sólo “índices” de una determinada situación social sino son entidades autosuficientes frente a cualquiera de ellas. Un mismo concepto puede albergar distintos sentidos a lo largo del tiempo, sentidos que se superponen o se reemplazan, de modo que no es posible establecer un vínculo de 1 a 1, una correspondencia plena, entre él y el contexto en el que surge. Aparte de su generalidad un concepto se define justamente porque sobrevuela los contextos, esto es, lo que define un concepto y lo diferencia de una palabra común es ante todo que no se deja reducir a una definición porque recoge en sí una diversidad de experiencias provenientes de distintos períodos y ligadas a distintas usos por

parte de los actores políticos.³⁵ Si bien la historia conceptual enriquece con esto la historia social ella adquiere de esta forma autonomía respecto a ésta última, en cuanto el análisis de las transformaciones diacrónicas de un concepto no depende de análisis de la historia social. Bajo el presupuesto de que las palabras que denominamos conceptos no son meras designaciones de estados de cosas – “los significados de las palabras y lo significado por ellas puede pensarse por separado”³⁶ – la ciencia histórica consiste aquí en el conocimiento de las transformaciones de los términos del lenguaje sociopolítico. Si a esto se le suma que en un mismo período pueden hacerse usos asincrónicos de un mismo concepto, pues su sentido no pueden aislarse de la dimensión pragmática del lenguaje³⁷ y, por tanto, de su inserción en los procesos de comunicación propios de la lucha política, y que, como ya se señaló, los conceptos no son sólo índices de un período sino “factores” que impulsan su transformación en una determina-

34. Koselleck. *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 115

35. “Una palabra se convierte en concepto si la totalidad de un contexto de experiencia y significado sociopolítico, en el que se usa y para el que se usa una palabra, pasa a formar parte de esa única palabra”. Koselleck. *Futuro pasado*. p. 117. Respecto al concepto de concepto en Koselleck véase Abellán, Joaquín. (2007), “En torno al objeto de la “Historia de los conceptos” de Reinhart Koselleck”, en Bocarno, Enrique (edit.), *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Tecnos, pp. 215-244

36. Koselleck. *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 117

37. Villacañas, José Luis. (1998), Op. Cit., p.152. Esta posición va indisolublemente ligada a la importancia que Koselleck le confiere al contexto y, por tanto, a una específica situación de habla, para la comprensión de un concepto. Abellán cita un texto de Koselleck de 1996 que reafirma claramente esta posición. “And analysis of concept requires command of both linguistic and extralinguistic context, including those provided by discourses. Only by such knowledge of context can the analysis determine what are a concepts-multiple meanings, its content, importance, and the extent to which it is contested” Abellán, J. (2007), Op. Cit., p. 223

da dirección, no es posible identificar los conceptos con la realidad del contexto histórico-social en el cual surgen. Que los conceptos se transformen y que sean transformadores hace imposible reducirlos, tal como sería el caso en un análisis marxista ortodoxo, a meros reflejos ideales de condiciones de producción reales o, más genéricamente, a expresiones del espíritu de una época: “continuamente se puede advertir un hiato entre las situaciones sociales y el uso lingüístico que tiende a ellas o las trasciende”³⁸.

Aunque Koselleck parece a veces identificar esa trascendencia con las variaciones temporales de un mismo concepto cuyo uso se prolonga a través de distintos períodos, – algo inviable si se ha afirmado simultáneamente que en un mismo período un concepto puede crear el deseo de ir más allá de él – lo cierto es que entre lo histórico-conceptual y lo histórico-social, es decir, extraconceptual, no se da una identidad plena: “lenguaje e historia permanecen remitidos mutuamente sin llegar a coincidir”³⁹. Ni los términos conceptuales son un reflejo fiel de los hechos sociales ni los hechos sociales son reductibles al horizonte de los conceptos sociopo-

líticos. Esta tensión entre “realidad y concepto”⁴⁰, se repite asimismo a nivel de los conceptos mediante los cuales la ciencia historia “traduce” los conceptos del pasado al lenguaje actual⁴¹, en cuanto aquí tampoco se trata de un mero reflejo del lenguaje de las fuentes sino del uso metahistórico de conceptos históricos. Cuando Max Weber hace por ejemplo uso científico del concepto de “legitimidad” para distinguir las formas de dominación, recurre ciertamente a un concepto que ya existía y mediante el cual bandos políticos contrarios articularon, en el siglo XIX, su propia posición, pero lo descontextualiza para convertirlo en un concepto formal y estructural, mediante el cual es posible analizar diversas formas de dominación en la historia. Para hacer comprensibles los conceptos del pasado el historiador puede recurrir a conceptos del pasado pero depurándolos de sus significados contextuales y dotándolos de una generalidad y una formalidad que no poseían originalmente. De este modo se hace posible establecer continuidades entre períodos históricos diversos y observar la repetición de ciertas constantes. Esto es factible justamente porque a ciertos conceptos les es inherente

38. *Ibíd.* p. 118

39. *Ibíd.* p. 288

40. *Ibíd.* p. 125

41. “De modo que domina siempre una diferencia doble: por una parte, entre una historia que se realiza y su posibilitación lingüística y, por otra, entre una historia pasada y su reproducción lingüística”. Koselleck, *Futuro pasado*. Op. Cit., p. 288

una tendencia a rebasar el espacio en el que se formaron, esto es, debido a que ellos, desde un principio y más allá de su uso científico, poseen una cierta independencia respecto a la historia social.

Sobre esta base se puede responder a la pregunta de qué significa analizar históricamente un concepto político. Este análisis conlleva en primer lugar determinar la orientación temporal de un concepto y, en esa medida, considerar también contra que otros conceptos opera y en el marco de qué proyecto se inscribe. Esto presupone cotejar el uso que un autor hace de un concepto con el uso que de él hacen sus contemporáneos, la generación que lo precede y la que lo sucede. En segundo lugar consiste en rastrear sus transformaciones a lo largo del tiempo y, a partir de esa base, identificar por ejemplo las sobreposiciones de significados que están implicadas en un uso particular. En un mismo concepto pueden coexistir tiempos no simultáneos. En tercer lugar consiste en traducirlo al lenguaje actual mediante conceptos estructurales, diferentes a los que se usaron en un período particular o, al menos, abstraídos de sus particularidades contextuales. Esos conceptos permiten analizar otros conceptos desde ciertas condiciones permanentes y así reunir e interpretar desde una cierta perspectiva la

experiencia del pasado en términos de largo plazo. Analizar un concepto político es en suma inscribirlo en un horizonte lingüístico situado en un período determinado - en el cual se libraba en el campo del lenguaje una lucha política entre lo viejo y lo nuevo -, considerar los distintos estratos temporales que en él confluyen y, finalmente, releerlo, en comparación con otros conceptos, desde un concepto estructural y actual determinado a partir del problema elegido por el historiador. La historia de los conceptos políticos es la historia de cierto tipo de palabras destinadas, en su momento, a articular proyectos políticos - “sin acciones lingüísticas no son posibles los acontecimientos históricos”⁴² -, a las cuales el historiador de las ideas compara con términos anteriores y posteriores en aras de analizar procesos de cambio a largo plazo. Si bien Koselleck no sostiene que las ideas corresponden plenamente a sus contextos histórico-sociales, su tipo de análisis no les confiere en principio a los conceptos políticos sino una validez temporal. La historia conceptual, como él mismo lo afirma explícitamente, surge con la pretensión de criticar la historia de las ideas “en tanto que éstas se mostraban como baremos constantes que sólo se articulaban en diferentes configuraciones históricas sin modificarse esencialmente”⁴³. Koselleck

42. Koselleck, R. (1993), *Futuro pasado*, Op. Cit., p. 287

sostiene ciertamente que los conceptos o, más específicamente, los conceptos modernos, trascienden su contexto histórico, pero con ello no quiere señalar que ellos poseen por eso una dimensión atemporal, sino que su sentido varía a lo largo del tiempo y que ellos apuntaban, en el momento de su surgimiento, a un futuro incongruente con ese presente.

El sentido de los conceptos modernos, debido a su carácter anticipatorio, no se deja reducir a la realidad propia del contexto en el que surgieron, pero eso no significa que no estén situados históricamente. Hacer historia conceptual es analizar un conjunto de eventos discursivos pertenecientes, en cualquier caso, al pasado.

La historia conceptual como propedéutica de la prudencia

Los eventos, sean discursivos o no, son únicos e irrepetibles, pero no lo son las estructuras de las cuales se derivan o las cuales ejemplifican. Si suponemos que la estructura temporal básica de la modernidad, a saber, la incongruencia entre expectativa y experiencia, aún sigue operando en la constitución y en el uso de los conceptos políticos actuales, entonces el conocimiento histórico de los conceptos políticos modernos es a la vez el conocimiento, en ciertos casos par-

ticulares, de las estructuras temporales que fundamentan el componente intelectual de la acción política de los actores contemporáneos. En otras palabras: el conocimiento proveniente de la historia (conceptual) ayuda a mejorar la autocomprensión de los actores políticos de la fase contemporánea de la modernidad en tanto los eventos que ella analiza provienen de las mismas estructuras temporales de las que ellos hacen uso. Tal operación no es políticamente neutral pues de este modo la discontinuidad entre experiencia y expectativa o, lo que es lo mismo, el utopismo propio de la modernidad, deja de ser un presupuesto tácito del uso de los conceptos políticos y se convierte ahora en un elemento consciente de la actividad de los agentes. Aún cuando los análisis de la historia conceptual se refieran al pasado, a través del conocimiento histórico los actores pueden así percatarse de las diferenciaciones de las cuales ellos hacen uso inconscientemente, pues los conceptos políticos del pasado están emparentados estructuralmente con los suyos.

En términos de Niklas Luhmann podría decirse que la ciencia de la historia es una observación de segundo grado que le ofrece a los hombres modernos contemporáneos la posibilidad de una paradójica autodescripción ⁴⁴. Si toda observación supone un punto ciego, pues el observador

43. *Ibíd.* p. 113

sólo ve el campo del mundo que le permite la diferencia (el esquema de selección) de la que él hace uso y no la forma en la que él mismo ve, entonces la historia conceptual, en tanto observación de la forma de observación de los actores políticos modernos, les ofrece a ellos mismos la posibilidad de conocer la diferencia de la que ellos hacen uso, a saber, la asimetría entre experiencia y expectativa. La ciencia histórica es aquí un observador de segundo orden que ofrece la posibilidad de que los actores políticos modernos dotados de cierto conocimiento histórico se redesciban a sí mismos como pertenecientes a un pasado que ya antes ha desplegado/efectuado sus posibilidades. Ella posibilita así un “re-entry”⁴⁵ de la forma de observación de la modernidad en ella misma gracias al cual el peculiar tipo de experiencia de la temporalidad que le es propio pierde su inmediatez y se convierte en un elemento temático de su acción política. Esta redesccripción es paradójica pues con ella la primacía de lo que ya ha pasado (de un pretérito perfecto) sobre el futuro – de la estructura ya convertida en experiencia sobre el carácter anticipativo de los conceptos – se convierte en un elemento integrante de un esquema de interpretación del mundo donde el futuro

prima sobre el pasado. En esas condiciones la autoreproducción de los actores políticos modernos incluye que ellos puedan observar cómo ellos mismos observan y puedan así asumir reflexivamente los presupuestos temporales de sus pretensiones de innovación. La experiencia acumulada en torno al devenir de conceptos análogos a los suyos se convierte, de este modo, en un elemento constitutivo de la superación de su particular espacio de experiencia. Esto no implica una negación del carácter innovador de los conceptos en nombre del pasado sino más bien la comprensión de ese carácter por parte de los agentes que lo usaban irreflexivamente. De esa operación no resulta la abolición de la orientación hacia el futuro de los conceptos políticos. Tal historización del utopismo da lugar más bien a un – aún moderno pero definitivamente postvanguardista – futuro pasado.

Todo esto no es sin embargo posible sino en un marco muy específico, uno en el cual el conocimiento se ha convertido en un momento constitutivo de la actividad práctica de los sujetos. Tal proceso, gracias al cual la historia conceptual podría llegar a tener alguna eficacia política, supone una segunda ola de racionalización o, mejor, una autorreflexión de la razón. Sin ella la historia conceptual

44. Sobre el concepto de observador de segundo grado véase Luhmann, Niklas. (1995), *Die Kunst der Gesellschaft*, Suhrkamp. Frankfurt am Main, pp. 92 -164

45. Sobre el concepto de “re-entry” véase Luhmann, N. *Ibíd.*, pp. 78, 102, 169

carecería de valor político. Entender este punto supone primero percatarse del motivo por el cual la historia había perdido su función orientadora. Como bien lo mostró Leo Strauss la historia, en los albores de la modernidad, tenía como función compensar la debilidad de una filosofía moral centrada en la importancia de los preceptos ⁴⁶. Ejemplificando la vida virtuosa ella era un método de formación moral centrado en la concreción y proximidad del caso y no en la abstracción de la regla. Dado que, en lo relativo a los asuntos político-morales, no basta con que se conozca lo deseable sino se obra de ese modo, la historia tenía la función de narrar acciones – buenas o malas – con un valor ejemplificante. De ese modo ella operaba como una forma no teórica de pedagogía político-moral. Este marco se hace sin embargo dudoso cuando la vida práctica, a causa de la reflexión, pierde su inmediatez y deja de estar sometida a esa segunda naturaleza que es la costumbre. Esa es, a mi juicio, la primera ola de racionalización. Un fenómeno cuyo efecto es la incorporación de representaciones abstractas, como los conceptos, a la hora de actuar moral o políticamente. Actuar racionalmente significa desde entonces ponerse un fin explícito y generalizable, cuyo conocimiento

es meramente introspectivo, y luego realizarlo eligiendo los medios disponibles más adecuados ⁴⁷. En ese contexto, cuando la formación de conceptos acerca de qué se debe hacer - y no sólo la práctica inconciente de lo debido y/o la competencia para tomar decisiones basada en la mera experiencia ⁴⁸ - se vuelve relevante para los actores mismos, la formación político-moral ya no puede omitir el momento “teórico” de la praxis. En ese marco, cuando el poder de los ejemplos se muestra insuficiente para persuadir a los sujetos a adoptar una conducta, pareciera entonces que la historia tendría inevitablemente que perder su función. Y de hecho la perdió, pues ya no fue la narración de la experiencia acumulada sino la proyección de un orden unitario de acciones posibles lo que, con la entrada de la fase utopista de la modernidad, comenzó a ser denominado “historia”. Ella es ahora el gran relato de lo venidero. La historia, convertida en un único proceso que abarca a la humanidad entera y elevada, con Hegel y Marx, al rango de un sujeto que se desenvuelve a través de las acciones finitas de los individuos, es ahora la visión omniabarcante del conjunto de la experiencia humana desde la perspectiva de un fin que trasciende el presente. A pesar del carácter tras-

46. Strauss, Leo. Op. Cit., pp. 121-137

47. Sobre el concepto racionalista de acción véase Oakeschott, Michael. (2000), *Racionalismo en política y otros ensayos*, México, Fondo de cultura económica, pp. 103 - 131

48. *Ibíd.*

cedente de la historia respecto a la vida finita aún en estos proyectos se conserva un determinante momento racionalista en la acción, pues si bien la historia ya no es aquí un proyecto de la razón práctica del sujeto, ella es un todo que es posible conocer y al cual es posible por tanto sumarse concientemente. Aquí no se anula por tanto el carácter reflexivo de la acción. En la acción política del historicismo siempre está involucrado un momento “teórico”.

La historia conceptual se ocupa justamente con el estudio de esos conceptos que orientan la vida práctica de sujetos que han desnaturalizado su conducta. Ella supone por tanto el carácter reflexivo de la acción. La segunda ola de racionalización aparece sin embargo cuando esa misma reflexión es desnaturalizada, esto es, cuando los conceptos mismos se convierten en objeto de reflexión. Este proceso, iniciado en el idealismo alemán una vez los productos finitos de la razón son también sometidos a crítica, adquiere luego formas más radicales cuando, bajo el influjo directo o indirecto de la obra tardía de Schelling, se reconocen los límites externos de la razón. De allí surgen la crítica de las ideologías, la genealogía histórica de la razón, el desvelamiento del trasfondo de las representaciones concientes. Su efecto común, cuando no decae en arrebatos irracionales, no es sin embargo otro que hacer concientes a los sujetos mo-

dernos de los presupuestos de la vida racional y, de ese modo, demarcar el campo de su poder, fijar sus límites y su extensión. Programas de investigación con pretensiones menos ambiciosas que las anteriores y, sobre todo, con un pathos más apaciguado, tal como la sociología del conocimiento (inaugurada por Comte) y la misma historia conceptual, se inscriben también en este marco. En una y en otra el objeto del conocimiento no es nada distinto que una serie de configuraciones de la razón: en un caso teorías científicas y en otro conceptos políticos, estéticos o filosóficos. Dado que, según lo dicho, esta autorreflexión de la razón no suspende sino redefine la actividad práctica y que, por tanto, ya no sólo los conceptos (en tanto motivos) sino las teorías acerca de ellos se convierten en un momento indispensable de la praxis de los sujetos – como lo muestra por ejemplo el marxismo – la producción de conocimiento puede aspirar, deliberadamente, a conseguir efectos políticos o morales. Y es justamente allí donde se ubica la historia conceptual tal como la entiende Koselleck. Sólo en un contexto histórico en el cual la teoría acerca del momento “teórico” de la vida práctica de los sujetos resulta relevante para ellos mismos, y no sólo para los científicos que observan la acción humana, resulta posible pensar que los actores políticos pueden comprenderse a sí mismos desde el marco definido por una teoría de la

historia y asumir la descripción que ella hace de su praxis como un momento significativo de su propia actividad. Sólo en un contexto en el cual los discursos sociológicos, históricos, psicológicos y antropológicos, han dejado de ser cosa de especialistas y en cual se mantienen a la vez las demandas típicamente modernas de abstracción como prerequisite de la acción, es que la observación de segundo orden que es la historia conceptual puede pretender tener algún efecto político y revivir, bajo las condiciones de la modernidad, la noción de historia como *magistra vitae*.

A consecuencia de la autocritica de la razón crítica los conceptos políticos modernos desacentúan su carácter utópico - pues la discontinuidad entre pasado y futuro propio de conceptos políticos particulares se vuelve ahora una posibilidad repetible - pero por el mismo motivo la historia logra recuperar su antigua función. La posibilidad de que la ciencia de la historia aún le enseñe algo a los sujetos (tardo)modernos, para quienes el pasado es algo obsoleto y para quienes, además, no se puede actuar sin pasar por la teoría, supone entonces que las estructuras temporales de la fase historicista de la modernidad sigan aún vigentes y

que ellas aparezcan, como conceptos formales, en una ciencia del hombre con relevancia para los actores. En relación a la relevancia para el presente de su libro *Crítica y crisis de 1959* Koselleck afirma en 1973: “las enseñanzas históricas ya no se dejan hoy derivar inmediatamente desde la historia sino de una teoría de las historias posibles” y, luego añade, “Pues sin consideración de su singularidad – e interrogada en vista de su estructura – una época pasada puede contener momentos de duración que alcanzan hasta nuestro presente”⁴⁹. Si su fundamentación “trascendental” de la ciencia de la historia no sólo tiene así la función de hacerla consciente de su propia metodología, sino también la de formular las condiciones de posibilidad permanentes de los conceptos políticos modernos y por tanto de las formas de acción indisolublemente ligadas a todo concepto posible, ella le permite a los actores políticos modernos aprender - a través del estudio de experiencias singulares del pasado con las cuales comparten una misma estructura - acerca de la lógica implicada en su particular modo de actuar. Más aún cuando, debido al carácter simultáneamente formal y material de la expectativa y la experiencia, los conceptos estructurales se dejan

49. Koselleck, Reinhart. (1973), *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Suhrkamp. Frankfurt am Main, p. IX. En ese mismo sentido afirma en *Futuro pasado: ..El diagnóstico y el pronóstico se pueden construir en lo sucesivo – como en todo tiempo – sobre estructuras permanentes, de tipo natural por así decirlo (...), para que sea posible sacar conclusiones para el futuro desde la repetibilidad que se ha fijado históricamente*”. Koselleck. *Futuro pasado*. Op. Cit., p.153

traducir sin pérdida en la vivencia del tiempo de los agentes. La ciencia de la historia no permite en absoluto predecir eventos ni tampoco permite hacer pronósticos a partir del conocimiento de ciertos eventos históricos del pasado, pero sí le permite a los actores políticos hacerse consciente de las estructuras históricas que subyacen a su acción.

Esta autorreflexión tiene un innombrado pero claro sentido político que delata, de paso, la continuidad en la obra de Koselleck. Si la ilustración, como él exponía en *Crítica y crisis* – bajo la influencia del libro sobre Hobbes de Carl Schmitt –, surge como una crítica de lo político-estatal en nombre de la expectativa de un futuro moralizado, la ciencia de la historia viene a ser ahora, y sobre los presupuestos mencionados, una crítica de esa crítica en nombre de la prudencia política. En efecto si los actores políticos de nuestra modernidad – por ejemplo el proyecto neoilustrado que representaban los movimientos revolucionarios en los sesentas, y setentas – se hacían conscientes de cómo en la modernidad ya habían sido puestos en juego otros conceptos políticos utópicos y de cómo esos conceptos no habían deparado nunca en una realización completa sino habían terminado más bien ellos mismos sometidos a la his-

toria a la cual pretendían gobernar – como lo testifica la serie abierta y plural de lecturas y relecturas de los mismos que la historia conceptual reconstruye – se podía esperar como resultado tanto una mayor conciencia de los límites de lo posible como una mayor atención a la responsabilidad histórica. Atrás debería quedar el absolutismo de las convicciones. El proyecto de la historia conceptual demuestra así su continuidad con las investigaciones de *Crítica y crisis*. Este texto, sin tematizarlo a lo largo de su argumentación, supone en efecto un concepto de política como el campo de las decisiones responsables y de la prudencia⁵⁰ – cuya función es responder a la tarea permanente de sobrellevar y solucionar los conflictos internos y externos – desde el cual se valora negativamente el utopismo de la ilustración y su subrepticia politización de la filosofía de la historia. Lo político es el espacio de las decisiones que intentan minimizar la incertidumbre y el riesgo del desorden⁵¹. El pecado de los ilustrados es desconocer ese “destino” y esa “tarea constante (!) de la existencia humana”⁵² – a la cual Koselleck sustenta, como bien lo vio Habermas,⁵³ en una ahistórica antropología pesimista – en nombre de una absolutización y temporalización de lo moral o, más genéricamente, de lo normativo. La

50. *Ibid.*, p. 1, Nota 20 p. 160. Nota 93 p. 170

51. *Ibid.*, p. 16

acción política de los ilustrados consiste así en una irresponsable demanda de normativización de lo político y, en particular, del Estado, mediante conceptos políticos con un marcado carácter utópico. Mientras lo político, cuya forma de racionalidad es en última instancia la Razón de Estado, tiene que asumir las dificultades objetivas de impedir o asumir la posibilidad de la guerra interior y exterior, los ilustrados sólo ejercían la tarea subjetiva, espiritual, sin coacciones exteriores, de criticar el Estado sobre la base de sus aspiraciones incondicionales de progreso moral. La historia conceptual parece apuntar así a una crítica de la ilustración en el terreno que más le duele: el de los conceptos político-normativos. El análisis crítico de su lenguaje, de ese lenguaje originariamente elitario, propio de una vanguardia intelectual pero sin embargo estructuralmente orientado a la masificación, es justamente el tema de la historia conceptual. No por esto ella ha de interpretarse como un proyecto antiilustrado y antimoderno pues ella es más bien una ilustración de la ilustración acerca de sus propios presupuestos. Esto es aún más evidente en cuanto Koselleck, como historiador de los conceptos, ya no ve la temporalización y politización de los conceptos como una invasión

de las competencias por parte de la “sociedad”⁵⁴, es decir, de quienes no portan directamente una responsabilidad político-estatal – una perspectiva que recorre toda la argumentación de *Crítica y crisis* – sino como un hecho propio de la modernidad que exige sin embargo una autocrítica de los actores sociales. En el interesante prólogo a *Crítica y crisis* de 1973, un período en el cual Koselleck se ocupa de lleno con sus reflexiones en torno a los fundamentos teóricos de la historia conceptual, el rechazo a la politización de lo social se convierte en un llamado a la responsabilidad política de los actores político-sociales: “Cualquier ilustración cae tarde o temprano en situaciones de conflicto cuyo desentrañamiento racional exige la transformación de la mera crítica en conductas políticas”⁵⁵. El problema de la Ilustración ya no es que se entromete en la esfera estatal de lo político sino que no asuma la responsabilidad política, esto es, la previsión de las posibles consecuencias de sus actos, que implica participar en la esfera pública. La invitación a la prudencia política, cuyo opuesto es el utopismo y la pura ética de la convicción – para la cual vale un *fiat veritas, pereat mundi* –, no es ahora, como antes, un lamento por la politización de lo social, sino es un

52. *Ibíd.* p. 9

53. Habermas, Jürgen. (1975), *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, p. 389

54. Koselleck, R. (1973) *Kritik und Krise*, Op. Cit., p. 41

55. *Ibíd.* p. X

llamado a que los actores sociales tomen consciencia de las limitaciones objetivas y de los efectos posibles de las acciones políticas en un contexto de incertidumbres. Los proyectos políticos modernos no son demeritados sino invitados, en clave weberiana ⁵⁶, a incluir el cálculo de las consecuencias de las acciones en sus formulaciones de fines, esto es, a incluir, en su acción política, el pronóstico ⁵⁷. La historia conceptual tiene en este sentido una labor propedéutica, en cuanto ella, sobre la base de un conocimiento a priori de las estructuras temporales de los conceptos políticos y bajo el presupuesto de que se tenga consciencia de la analogía estructural entre los conceptos de la modernidad temprana y los del presente, hace consciente de las posibles consecuencias de los posibles conceptos políticos mediante la exposición del destino de conceptos análogos en el pasado de la modernidad. Si pronosticar, en oposición a profetizar, consiste en anticipar las posibles consecuencias de las propias acciones – y en ese medida juzgar los propios fines en orden a su viabilidad y no sólo a su validez intrínseca – la historia

conceptual es una herramienta ideal para incrementar los grados de pronosticabilidad en tanto ella hace ver el destino de los conceptos del pasado como una posibilidad formalmente repetible: “La Historie muestra los límites para nuestro futuro posible y distinto, sin poder renunciar por ello a las condiciones estructurales de la repetibilidad posible. Con otras palabras: sólo se puede efectuar una crítica justificada a la garantía personal voluntarista de los planificadores utópicos del futuro posible si la Historie, en tanto que magistral vitae, no deduce sus teorías a partir de las historias, sino también de las estructuras de movimiento de nuestra historia” ⁵⁸. La posibilidad de una repetición implica aún la posibilidad de una acción guiada por conceptos esencialmente proyectivos, pero ahora con la cautela de saber que intentos similares ya han tenido lugar y que, como lo muestra su transfiguración semántica, no han logrado su consumación sino apenas un “desgaste” de las expectativas en cuestión o una transfiguración incontrolada de sus contenidos. Sobre esta base, y bajo el supuesto que “tanto mayor sea la

56. La ciencia, como Weber no se cansó de repetir, no le puede indicar a los sujetos qué deben hacer – pues esto depende exclusivamente de una elección pensada en términos estrictamente decisionistas – pero sí les puede ayudar a comprender cuáles son intenciones, qué tan viables son las posibilidades de realizarlas, qué tan consistentes son sus valores, cuáles pueden ser los costos de su acción en términos de exclusión de otros valores y cuáles pueden ser las consecuencias eventuales de sus propósitos. “Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué debe hacer, sino únicamente qué puede hacer y, en ciertas circunstancias, qué quiere”. En ese sentido la función de la ciencia es incitar a desublimar las convicciones y, de este modo, invitar a los sujetos a obrar con responsabilidad. Weber, Max. (2001), *Op. Cit.*, pp.42-44

57. *Ibid.*

58. Koselleck. *Futuro pasado*. *Op. Cit.*, p. 153

experiencia tanto más cauta”⁵⁹, ser moderno ya no significa asumir políticamente el rol de una vanguardia que rompe con toda tradición sino, más bien, reasumir una tradición – la tradición de la modernidad – con la consciencia de sus posibles límites.

A pesar del tenor tendencialmente conservador de este proyecto político-cognitivo, él no apunta al fin de la modernidad sino a la autoconsciencia de su carácter proyectivo y, por tanto, a la relativización de las perspectivas de progreso moral ante la experiencia de sus inciertos efectos. En ese sentido, como bien se ha anotado, el proyecto de Koselleck puede ser visto como un síntoma de la postmodernidad⁶⁰: de una continuación de la historia moderna bajo el signo de un desencanto con el ideal del progreso. La historia de los conceptos redescubre el vocabulario político moderno, mostrando las contingencias y ambigüedades a las que ha estado sometido su significado, para así, por la vía de una desabsolutización de sus pretensiones, incrementar la posibilidad de que se haga un uso prudente y responsable de conceptos análogos. En cierta forma podría decirse que así como Kant incitaba a interpretar el pasado desde

la perspectiva de un progreso moral futuro, Koselleck propone interpretarlo desde la perspectiva, menos optimista pero igualmente moralizante, de prevenir acerca de los riesgos del utopismo. El fin, como corresponde a una época que ve con sospecha sus propios ideales pero no cuenta con ningún reemplazo confiable, ya no es señalar lo mejor sino evitar lo peor⁶¹. Conocer los productos de la historia conceptual – tal como lo es por ejemplo el monumental léxico de conceptos histórico-políticos editado por Koselleck, Brunner y Conze⁶² –, es percatarse de cómo los conceptos políticos modernos fueron una y otra vez releídos, convertidos en objeto de disputa, introducidos en nuevos contextos, remezclados, desacreditados, a veces olvidados e incluso utilizados también como armas por parte de quienes originalmente eran sus adversarios. En pocas palabras: se trata de ver cómo los conceptos no obraron como imperativos que transformaron radicalmente la realidad histórica sino cómo, en lugar de ello, entraron en su juego. Si bien nuestra fase de la modernidad ya no es la misma que la de Koselleck⁶³, esa es aún una enseñanza valiosa de la historia para la vida práctica. De

59. *Ibíd.* p. 356

60. Villacañas, J. y Oncina, F. (1997), [prólogo], *Op. Cit.*, pp.51-52

61. “La historia particular ya no sirve de ejemplo para su potencia repetibilidad a no ser que sea para evitarla”. Koselleck. *Futuro pasado*. *Op. Cit.*, p. 153

62. Brunner, Otto; Conze, Werner y Koselleck, Reinhart. (eds.), (1972), *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart. Klett-Cotta. 1972-1997. 9 volúmenes.

tal desencantamiento no debería resultar la inacción sino, más bien, una prudente sobriedad y una paralela desdramatización de todo proyecto político. Quien sueña que se despierta de una pesadilla, sabiendo a la vez que está soñando – como se podría decir parafraseando a Novalis – ve con menos ilusión la hora de la vigilia pero no por ello pierde el deseo, inevitable, de despertar.

Bibliografía

- Abellán, Joaquín. (2007) “En torno al objeto de la “Historia de los conceptos” de Reinhart Koselleck” en: Bocarno, Enrique. (edit.) *El giro contextual: cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*, Tecnos, pp. 215 -244.
- Brunner, Otto; Conze, Werner y Koselleck, Reinhart. (eds.), (1972), *Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*. Stuttgart. Klett-Cotta. 1972-1997. 9 volúmenes.
- Chignola, Sandro (2003), “Historia de los conceptos, historia constitucional, filosofía política. Sobre el problema del léxico político moderno” en *Res publica*, núm. 11 – 12, Universidad de Mursia, España, pp. 27-67.
- Frank, Manfred. “Friedrich von Hardenberg philosophischer Ausgangspunkt”, en: Hogrebe, Wolfram (edit.), (1995), *Fichtes Wissenschaftslehre 1794*, Suhrkamp. Frankfurt am Main.

63. Después de la caída del muro de Berlín se pensó que la época de las ideologías y, por tanto, de los conceptos destinados a la movilización política y a la consecuente aglutinación de los individuos en torno a propósitos comunes de largo aliento, había quedado definitivamente atrás. La anunciada fase posthistórica nunca tuvo lugar, pues, de inmediato, se vivió una agresiva redramatización del léxico político liberal, convertido por ese entonces en portador de un horizonte de expectativa de pretensiones verdaderamente globales. Luego del 11 de septiembre, y justo en una fase histórica en la cual el neoliberalismo mostraba sus flaquezas (como lo mostraban por ejemplo los gobiernos de Blair y Schröder), ese léxico, centrado ahora en el concepto de “democracia”, fue reanimado bajo el impulso del fundamentalismo islámico. Ahora atravesamos una fase en la cual se vuelve a desdramatizar luego del fracaso del utopismo neoliberal en medio oriente. Los portadores del más genuino pathos moderno se desplazan ahora a América Latina, donde conceptos como “imperio” o “revolución bolivariana” reproducen, con candidez o con mala conciencia, el radicalismo y el mesianismo propios de las estructuras temporales de los conceptos modernos. En suma puede decirse que nuestro contexto histórico ya no es el Koselleck, quien, durante la elaboración de su visión de la historia conceptual, tenía quizás en mente movimientos estudiantiles radicalizados – bajo el modelo de la RAF –, pero que no por ello la ilustración de la Ilustración pretendida por la historia conceptual ha perdido su vigencia. Bien dice al respecto José Luis Villacañas: la historia conceptual “es un permanente recuerdo de que cualquier consideración idealizada o sublimada, esto es, ideologizada, acelerada, politizada y masificada de los conceptos con los que todavía jugamos, puede volver a generar las mismas tensiones insolubles de la modernidad. Por mucho que esta radicalización no dependiera del voluntarismo de nadie – dependería de una espiral de refuerzos y radicalizaciones – no habría medio alguno de pararla ni de disolver las aporías teóricas que plantearía” Villacañas, José Luis. (1998) “Historia de los conceptos y responsabilidad política: un ensayo de contextualización”, *Op. Cit.*, p. 168

- Habermas, Jürgen. (1975), *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus.
- Heidegger, Martin. (1998), *Ser y tiempo*, Chile, Editorial universitaria.
- Koselleck, Reinhart (1965), *preussen zwischen Reform und Revolution: Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848*, s.c, s.e.
- Koselleck, Reinhart. (1973), *Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, Suhrkamp. Frankfurt am Main.
- Koselleck, Reinhart y Gadamer, Hans Georg (1997), *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós.
- Koselleck, Reinhart. (1993), *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós.
- Koselleck, Reinhart y Reichardt, Rolf. (eds.), (1998), *Die französische Revolution als Bruch des gesellschaftlichen Bewusstseins*, München, s.e.
- Luhmann, Niklas. (1995), *Die Kunst der Gesellschaft*, Suhrkamp. Frankfurt am Main.
- Novalis (1992), *Himnos a la noche*, Heinrich von Ofterdingen. Madrid, Cátedra.
- Oakeschott. Michael. (2000), *Racionalismo en política y otros ensayos*. México. Fondo de cultura económica.
- Rickert, Heinrich. (1965), *Ciencia cultural y ciencia natural*, Madrid, Espasa Calpe.
- Ricoeur, Paul. (2002), *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, México, Fondo de cultura económica, p.251 -254.
- Schmitt, Carl. (1987), *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza editorial.
- Strauss, Leo. (2006) *La filosofía política de Hobbes. Su fundamento y su génesis*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica.
- Vázquez, Manuel (1998), “De la historia de los conceptos a la filosofía política”, en *Res publica*, núm.1, pp. 121-139.
- Villacañes, José Luis y Oncina, Faustino (1997), “Prólogo”, en Koselleck, Reinhart y Gadamer, Hans Georg, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós.
- Villacañes, José Luis. (1998) “Historia de los conceptos y respon-

sabilidad política: un ensayo de contextualización”, en *Res publica*, núm. 1, Universidad de Mursia, España, pp. 141-174.

Weber, Max. (2001), *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu.